

Cristina Pérez 4ºB, 15 años

Me detuve a mirar a mi reloj de pulsera adelantado cinco minutos. Salí de mi portal ajustándome las gafas de sol y respirando ese aire salado que conozco tan bien. Aquella tarde de primavera se me tornaba esperanzadora. Por alguna razón, decidí que además de comprar el pan y el periódico (como hago todos los domingos), me acercaría al estanco de la esquina y escogería un boleto de lotería. De esos que si ganas, te caen 9 millones. Atravesé el largo paseo discurrendo en cómo podría gastarme yo tal cantidad de pasta. Mi suerte estaba a punto de cambiar, sí, pero no precisamente para mejor. Miré a los ojos de una chica de mi edad que cruzaba cogida de la mano de un chico mucho más alto que ella. En ese instante, un zumbido sonó a mi espalda mientras yo pisaba una de las líneas blancas del paso de cebra. Pude ver horror en la mirada de aquellos ojos verdes. Así me gritó que diese un paso atrás, sin necesidad de mover los labios. Un segundo más tarde aquel dichoso automóvil me pasó rozando, llevándose por delante a la pareja. El giro brusco en el volante hizo que el conductor, o mejor dicho, conductora, perdiese el control, y el coche se estampase contra una farola sin que pudiera evitarlo. Todo fue tan rápido que me pareció una ilusión óptica. El pulso me temblaba mientras marcaba el 112 en mi móvil. De repente reconocí ese olor, tan intenso y estremecedor que lo reconocería en cualquier parte. Sangre. La vista se me nublaba en una corta espera que a mí, me pareció eterna. Ninguno mostraba señales de vida y yo tampoco me acerqué a comprobarlo. Estaba paralizada. Se me caía el mundo encima. Ya oía el sonido de las sirenas cuando distinguí la pegatina de "bebé a bordo" en la luna de la parte posterior del coche. Quise gritar con todas mis fuerzas, o mejor, abrir los ojos y descubrir que todo había sido una pesadilla. No hice ninguna de las dos cosas. Varios hombres intentaban por todos los medios salvar aquellas vidas, derramando su espíritu. Uno de ellos se acercó a hablar conmigo, pero yo apenas le escuchaba. Los bomberos desmontaron el coche como si de mantequilla se tratara. Luego sacaron al bebé en brazos con apenas unos rasguños. La imagen transmitía una calidez que me robó una sonrisa. Taparon con una manta a la conductora del coche y al chico que hacía unos minutos agarraba la mano a su novia. Yo miré desconsolada al policía como exigiendo una explicación, buscando palabras que no existían. A pesar de todo no se separó de mi lado, protegiéndome con su sola presencia. Comprobaron que la chica respiraba y se la llevaron de camino al hospital. Fui a verla al día siguiente para darle las gracias. Un par de costillas rotas, pero nada importante. Me confirmaron además lo que yo ya suponía, que la conductora iba borracha y que aquel bebé era su hijo. Era absurdo e indignante al mismo tiempo. Ahora nos llevamos súper bien, ella siempre me llama 'suertuda' y es que pude haber sido yo la que hubiese estado en su lugar, y tú también. Por lo tanto queda prohibido no sonreír a los problemas, no luchar por lo que quieres, abandonarlo todo por miedo, no cumplir en realidad tus sueños. Las estadísticas dicen que es más probable morir yendo a comprar la lotería que ganarla, a mí no hace falta que me lo juren.